

Somos Vicencianos

Una web de formación e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

Domingo de Ramos (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte (Fil 2, 8)



Jesús no baja de la cruz para salvarse. Así él nos abre el camino de salvación.

Amagándole el espectro de la muerte, Jesús recurre a su Padre. Suplica humildemente: «Tú lo puedes todo, aparta de mi ese cáliz».

Pero no obstante los sentimientos de terror, angustia y [abandono](#), Jesús no se echa atrás. No pone adelante lo que quiere. Ha venido a ser el Siervo sufriente y obediente hasta la muerte.

Jesús habla y actúa, pues, conforme a las instrucciones que, como novicio, recibe del director, quien le da una lengua alentadora y oídos atentos. Fiado en su Padre, el Hijo asalta la muralla de sufrimientos. Sufriendo, el Siervo aprende obediencia consumada. Así se convierte «para todos los que le obedecen en autor de la salvación eterna».

Jesús crucificado personifica la Buena Noticia de que la salvación solo la alcanzan quienes se entregan a [Dios](#) y a los demás. Por su muerte, prefigurada sacramentalmente en la fracción del pan y la compartición de la copa, Cristo se constituye el más pobre de todos, y así se le ha de reconocer, para que a él se le den debidamente respeto y ayuda a costa incluso de todas las posesiones de uno.

El ejemplo que da Jesús deja claro que la salvación está en gastar y desgastarse por Dios y los demás. Pero los discípulos, como sus reacciones lo indican, no encuentran tan fácil de entender y practicar la enseñanza ni el ejemplo del Maestro: Pedro le increpa y lo niega luego; van discutiendo quién es el más importante; Santiago y Juan piden que él les dé los mejores puestos; uno le traiciona y todos le abandonan. Solo después de la resurrección entenderán incluso su participación—según el evangelista Juan—en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.

Pero si los cristianos entendemos y hacemos lo que nuestro Señor, quedaremos liberados de la cárcel de nuestros intereses, de las garras del egoísmo destrozador, de la tiranía de la codicia. Seremos, además, al igual que aquella mujer con un frasco de perfume muy caro, parte de la evangelización, no de la «desevangelización», de la solución, no del problema.

La Iglesia no provocaremos tales admiración y fe como las demostradas por el centurión que confesó: «Realmente este hombre era Hijo de Dios», a no ser que seamos siervos, «viviendo y muriendo en el servicio de los pobres, en los brazos de la Providencia y en una renuncia actual a nosotros mismos, para seguir a Jesucristo» (san Vicente de Paúl—EsIII:359).

Oh Dios, perdona nuestro egoísmo mortífero y déjanos hallar la vida, amando a tí y al prójimo.

Relacionado